

nosotros llegar á la estación invernal, estábamos muy lejos de imaginar los acontecimientos que un par de semanas después cambiarían de modo tan feliz nuestra existencia y harían inútiles todas las precauciones que habíamos tomado para lo futuro.

CAPITULO XXIX

*Viaje en bote desde la isla de Paulet
á Snow-Hill*



Por fin pudimos emprender el viaje el día 31 de octubre. A las cinco de la mañana quedamos listos y nos pusimos en marcha. A poco de salir tuvimos brisa fresca y tormenta de nieve, que por momentos se hacía más densa, de tal modo, que únicamente podíamos ver á unos cuantos metros del bote ante nosotros. Remábamos tanto como era posible en dirección al sudeste, y á las nueve de la mañana dimos la vuelta al cabo y tomamos después rumbo al oeste. Como el viento empezaba á refrescar pusimos la vela y caminamos velozmente por entre los hielos. Procurábamos ir tan próximos como se hacía posible de la faja de hielo y después de haber pasado junto á un glaciar de enorme altura, navegamos un buen trecho en dirección al noroeste, hasta que dejamos la isla Paulet al noroeste. Entonces pusimos rumbo de oeste á sur, dándole más largas al bote. El viento había cambiado mientras tanto al sur sudeste. Era frío y algo recio, y después de dos horas

de navegación, dimos con hielo, teniendo que quitar la vela y continuar al remo hasta que llegamos á la vista de la isla de Rosamel. Bogábamos lo más cerca posible hacia ésta para tener alguna protección contra el viento, que había refrescado y ocasionaba fuerte oleaje. Varamos el bote sobre un témpano de hielo que no era muy grande, pero como no se veía otro mejor, no hubo más remedio que recurrir á él. Eran las cinco de la tarde, y á las seis preparamos el café y unos trozos de carne de foca, que nos sentaron muy bien. Pero como no teníamos sitio alguno donde resguardarnos y el viento aumentaba con fuerte frío, nos vimos obligados á permanecer allí fuera, corriendo nueva aventura, que no tenía nada de agradable. Tropezamos con grandes dificultades, cuando las olas empezaron á hacer desaparecer pedazo tras pedazo aquel pobre témpano bajo nuestros pies. En medio de la obscuridad y con aquel frío no pudimos hacer otra cosa que, con auxilio de todas nuestras fuerzas, arrastrar el bote hacia una altura que había en la parte del témpano que quedaba. Allí quedamos relativamente seguros, haciendo un hombre guardia, mientras los otros se fueron cada cual á su saco de dormir para procurarse algún reposo, que, sin la más mínima protección contra la fuerte tempestad y el frío, estaba muy lejos de ser agradable. Pasamos bastante frío, pero en viajes como éste deben tomarse las cosas conforme vienen.

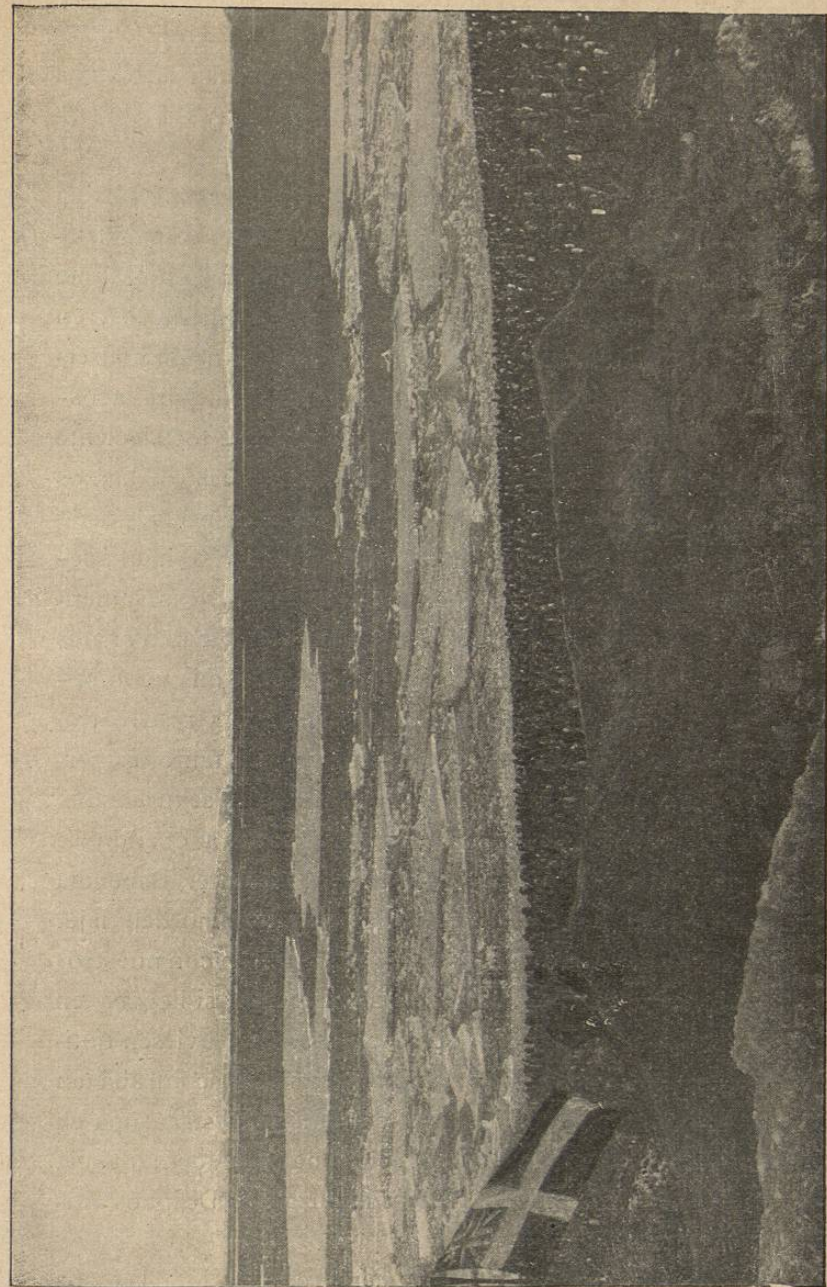
La tempestad y el oleaje aumentaron durante la noche y nuestro pequeño témpano de hielo se puso de través. Varamos el bote por el lado hundido, pero tuvimos que subirlo otra vez sobre el témpano, pues de lo contrario hubiera quedado aplastado como una cá-

cara de huevo, por las moles de hielo flotante en aquel mar tan agitado.

Al mediodía (1.º de noviembre) encontramos un témpano mejor y nos trasladamos seguidamente á él. Para tener algún abrigo colocamos el bote de costado al viento, que empezó después á amainar algo y se había cambiado al sur sudoeste. Por la mañana llegó más hielo del sur, el cual fué á pegarse á la orilla de nuestro témpano, considerándonos así más seguros que en el que habíamos dejado. El tiempo se había aclarado, y por la noche, al acostarnos en los sacos, reinaba bastante calma, pero hacía mucho frío. Tocó al botero la primera guardia, manifestándonos á las diez que el hielo empezaba á dispersarse. Todos nos pusimos en seguida de pie y dimos principio á los preparativos para continuar la marcha. Se varó el bote, presentándose tan poco hielo que pudimos remar hacia adelante. Hacía una luna preciosa y soplaban norte flojo, pero frío, y cuando conseguimos salir de entre aquellos pedazos de hielo arrastrados por la impulsión, con los cuales habíamos caminado unas cinco millas inglesas hacia el sur, tropezamos, no sin gran sorpresa nuestra, con hielo recientemente formado de media á dos pulgadas de grueso. Se nos hacía difícil salir adelante, pero teníamos que pasar remando un buen trayecto. El trabajo era pesado, mas con energía y paciencia se vencen la mayor parte de las dificultades en este mundo, así también conseguiríamos algo en la presente ocasión. No pudimos, sin embargo, llegar durante este día al depósito instalado en la montaña de Bransfield.

El lunes, 2 de noviembre, se nos presentó con brisa suave del norte y cielo despejado en la misma dirección.

Remábamos con todas nuestras fuerzas, pero, no obstante, íbamos muy despacio, á veces tan sólo palmo á palmo, porque el hielo estaba tan duro que se precisaba dar varios golpes con el remo para poderlo sumergir. Yo iba á proa abriendo camino, y resultaba un trabajo tan improbable, que me sobrevino una hemorragia nasal y me desmayé. Felizmente pasó pronto el trayecto peor. Era de todo punto indispensable que conservásemos todas nuestras fuerzas. Cuando llegamos á la isla más al norte de las dos situadas al lado izquierdo del estrecho, unas cinco millas inglesas del depósito, consideramos inútil seguir bogando por más tiempo. El hielo era más difícil de atravesar, apareciendo el estrecho, hasta el punto donde nuestra vista podía alcanzar, lleno de hielo menudo y porciones recientemente congeladas. Resolvimos, por lo tanto, hacer alto en algún lugar apropiado de la isla, pero esto era más fácil de decir que de hacer, porque el hielo se hallaba en continuo movimiento á consecuencia de la marea, y además, porque á lo largo de la orilla de la isla había muy poco fondo y estaba todo cubierto de piedras y rocas. Teníamos que poner mucho cuidado para no encallar, pues el hielo podría fácilmente volcar el bote y nuestra situación sería en tal caso desesperada. Después de grandes esfuerzos encontramos, por fin, ya muy adentro del estrecho que formaban las islas, un punto donde podíamos desembarcar. El hielo era llano y nos ofreció un excelente paso á tierra, siendo nuestro primer cuidado al llegar á ella poner la cafetera en el fuego y fortalecernos con una taza de café y unas cuantas galletas. Varamos el bote y nos recogimos, pues bien necesitábamos algún descanso después de diez horas de continuo y rudo trabajo y sin haber tomado ningún ali-



Choza invernal en la isla de Paullet, rodeada de pájaros bobos.

mento. Todo aquel estrecho formado por las islas estaba sembrado de rocas y probablemente era muy difícil atravesarlo en una embarcación.

Allá dentro, en la parte más cerrada del mismo, había aún hielo llano. Por el momento calmó el aire y disfrutamos de un sol espléndido. Nos tendimos en el bote para dar descanso á nuestros fatigados miembros, en espera de que nuestra comida—sopa de carne en conserva con un poco de verduras—estuviese lista, para acostarnos después en los sacos y disfrutar de fortaleciente sueño, del cual teníamos gran necesidad, pues estábamos completamente rendidos. Por lo que á mí respecta, puedo decir que en las tres últimas noches apenas si había cerrado los ojos. Ocupados en rudos trabajos y escasamente alimentados, teníamos el cuerpo dolorido como si nos hubieran dado una paliza; gracias á que mis acompañantes en este viaje eran muy vigorosos y resistentes, sin lo cual hubiera sido imposible soportar tantos esfuerzos. Los que quedaron en la isla de Paulet seguramente desconfiaban del éxito de nuestra tentativa cuando se desencadenó la fuerte tormenta del sudeste. Dependía también su propia situación del feliz término del viaje, pues era preciso ponernos en comunicación con nuestros restantes compañeros para el caso de que, si llegaba en nuestro auxilio el barco que esperábamos, tuviesen noticia de que una parte de la expedición se encontraba en la isla de Paulet. A las tres comimos nuestra sopa en conserva, y á todos nos pareció una verdadera delicia tomar una comida de «sabor civilizado». Después nos acostamos.

En la noche del 3 de noviembre, cuando á las dos me puse á observar, hacía viento noroeste y nubes lige-

ras poblaban el espacio. Luego que todos se hubieron levantado y bebido el café de la mañana, varamos el bote y á las cuatro nos pusimos en camino. Teníamos corriente favorable, así es que marchamos con rapidez, pues el hielo tampoco ofrecía grandes obstáculos. Mientras tanto el tiempo empezaba á presentar otro aspecto. Presentáronse las pequeñas y bien conocidas nubes blancas, de picos agudos, y consideré que tendríamos viento duro, pero, sin embargo, continuamos remando para ver si en el transcurso del día podíamos llegar al depósito. Después que pasamos al oeste de tierra, nos fué preciso atracar junto á una elevación poblada de pájaros bobos que se veía al norte del estrecho, porque el viento había aumentado en fuerza de tal modo, que no podíamos seguir adelante. Nos encontrábamos en la marea baja, y era muy difícil para seis hombres varar aquel bote tan pesado en la playa, pero después de muchos esfuerzos lo conseguimos.

Quedamos muy sorprendidos cuando vimos que los pájaros bobos incubaban huevos en gran cantidad, descubrimiento que nos pareció de suma utilidad. Tanto hervidos como fritos en grasa de foca estaban muy buenos, y después de haber tomado los que necesitábamos para nuestro consumo, reunimos importante provisión para llevarla á la estación invernal. Tuvimos también la suerte de encontrar una pareja de focas, y matamos acto continuo la hembra para proveernos de carne y grasa.

Estuve un par de veces en la cúspide de la montaña buscando petrificaciones, pero no conseguí encontrar ninguna. Reunimos infinidad de musgos y líquenes para Skottsberg. Después de haber atracado empezó á refrescar el viento, llegando á hacerse intenso y frío, y parecía

que continuaría así por algún tiempo. Hubiera sido, por lo tanto, conveniente tener un sitio seguro donde guarecernos, toda vez que, de continuar el mal tiempo sin resguardo alguno, era por demás desagradable. La tormenta aumentaba, y parecía que tanto al bote como á nosotros llegaría á arrojarnos al mar. Tuvimos que colgar piedras grandes á las bordas del bote, en particular al costado donde daba el viento, para poder sostener nuestra embarcación en tierra, y nos metimos luego en los sacos de dormir. Pero con la música que forma el graznido de los pájaros bobos y el ruido de la tormenta y del mar, de donde únicamente nos separaban cuarenta pies á lo sumo, no podía ser ni fácil ni agradable dormirse.

A pesar de la tormenta nos despertamos el 4 de noviembre sanos y alegres, y pasamos el tiempo haciendo café y comiendo huevos de pinguino, en espera de que terminase la tempestad. Nos atormentaba tener que permanecer de nuevo inactivos, pero era esto preferible á vagar por allí fuera entre los hielos flotantes. Al oscurecer se calmó el viento y tomó dirección más al oeste, resolviéndonos á las siete á continuar nuestra ruta. Marchábamos con rapidez, pero no pudimos emplear la vela todo el tiempo, pues se nos volvió por completo viento de proa y tuvimos que quitarla. Ibamos adelante á pesar de todo. En aquel trayecto, á lo largo del hielo, había poco fondo, quedando en las mareas bajas la playa descubierta con una porción de rocas grandes y pequeñas. A las diez y media de la noche nos hallábamos dentro de las masas de hielo que había junto al depósito, pero durante la marea baja era imposible atracar. Como no se veía playa alguna, sino únicamente el borde del hielo, teníamos que esperar la marea alta.

Entre tanto atamos el bote y dejamos en él dos hombres de guardia, yendo los otros á tierra para ver en qué estado se encontraba el depósito, etc. Hallamos á poco una choza de piedra y un palo enhiesto con una tablilla en la cual se decía que J. G. Andersson, Duse y Grunden habían invernado allí desde el 11 de marzo hasta el 28 de septiembre de 1903; al pie había una botella que contenía varios manuscritos y un plano acerca de la ruta que habían tomado los invernantes. En su primer viaje habían tenido que volverse por encontrar obstáculos invencibles, y ahora habían emprendido nueva marcha para llegar á Snow-Hill.

En los manuscritos de Andersson se decía, entre otras cosas, que habían dejado un barril y varias cajas llenas de fósiles. Otra nota de Andersson, en inglés, estaba dirigida al capitán del buque que casualmente pudiese llegar por allí, para que lo guardase todo y cuidase de remitirlo á Suecia. Mencionaba también la sospecha de que el «Antártico» había naufragado en la costa de la isla de Joinville, y rogaba al capitán del buque, que explorase las islas que se encontraban al este de la ya mencionada.

Había, por lo tanto, pensado en nosotros, y nosotros á nuestra vez esperábamos que el segundo viaje de éste y sus compañeros á Snow-Hill se habría visto coronado por el éxito. Teníamos, sin embargo, cierta inquietud por ellos, pues se habían puesto tarde en camino. Tomamos una parte del hule viejo, que necesitábamos para cubrir el bote, y el resto lo extendimos nuevamente sobre aquellas excelentes colecciones. También tomamos uno de los listones que habían servido para sostener el techo de la cabaña. Teníamos idea de emplearlo como palo del

bote, y aunque no era tan sólido como hubiéramos deseado, creíamos que, sin embargo, siempre resistiría un pequeño trayecto.

El jueves, 5 de noviembre, al varar á las cinco de la mañana el bote en tierra soplabá viento oeste, y empezamos los preparativos para seguir el viaje con dirección al sur. En la misma botella donde habíamos encontrado los manuscritos de Andersson, dejamos una comunicación extendida en noruego é inglés, dando á conocer que teníamos idea de dirigirnos á la bahía de Sydney Herbert para buscar á Andersson y sus compañeros, añadiendo que la tripulación del «Antártico» se hallaba en la isla de Paulet.

Hicimos acopio de huevos y arreglamos el palo del bote, pero no pudimos ponernos en camino por la tormenta, que iba en aumento y duró toda la noche, sin que empezase á amainar algo hasta las cuatro de la madrugada del viernes. Todo lo dejamos listo, pero apenas nos preparamos para echar el bote al agua tomó la tormenta nueva fuerza, viéndonos privados también por este día de emprender la marcha.

Por fin, en la madrugada del sábado 7 de noviembre tuvimos tiempo tranquilo y despejado, y á las cuatro y veinte nos pusimos en camino y estuvimos bogando todo el día en dirección á la bahía de Sydney Herbert. Solamente encontramos alguno que otro pedazo de hielo. El buen tiempo duró toda la noche y el viaje continuó felizmente, pero en el momento que pasamos el cabo Gage y llegamos al estrecho del Almirantazgo, tropezamos con un obstáculo que no podíamos forzar con el bote. El hielo estaba extendido en línea recta á través del caos de la isla de Cockburn y cabo de Sey-

mour y dentro de todo el estrecho. A las dos de la madrugada varamos el bote y nos acostamos. Bien lo necesitábamos, por cuanto no habíamos dejado los remos desde el sábado por la mañana temprano. A las once de la mañana nos levantamos y tomamos la comida, compuesta de café y albondiguillas de pescado, pues debíamos permitirnos algún extraordinario estando ya tan cerca del término de nuestro viaje. Nos separaban solamente unas doce ó quince millas de la estación de invierno hacia la cual nos dirigimos los seis andando á las tres de la tarde. Fué una marcha penosa y molesta, porque la nieve era floja y con frecuencia nos hundíamos hasta las rodillas. A las diez de la noche llegamos á la playa contigua á la estación, siendo el primero en recibirnos Bodman, que lleno de júbilo, gritó: «¡Larsen, Larsen!», y lanzó un hurra, saliendo todos apresuradamente de la vivienda. Puede el lector formarse una idea de la inmensa alegría que experimentamos todos, aumentando la nuestra cuando los compañeros de la estación nos refirieron que había un buque argentino anclado allí cerca y que estaríamos de regreso en nuestras casas para Navidad. Llenos de regocijo por noticias tan inesperadas, pensamos cuán contentos se pondrían también nuestros compañeros de la isla de Paulet, cuando, con los argentinos, llegásemos en su busca. Una de las mayores satisfacciones que experimentamos fué encontrar allí á J. G. Andersson, Duse y Grunden, tan gallardos y bien conservados, después de las vicisitudes pasadas. Naturalmente nos cruzamos infinidad de preguntas y las noticias que, en la alegría de volvernos á ver, tuvimos que darnos por una y otra parte, después de haber estado tanto tiempo separados, fueron innumera-

bles y curiosas. Por los argentinos supimos que había sido enviada en el «Frithiof» una expedición sueca en nuestro auxilio, etc., etc. No nos hizo menos impresión poder de nuevo saborear con el café pastas blandas y frescas, que constituían para nosotros un refinamiento inaudito.

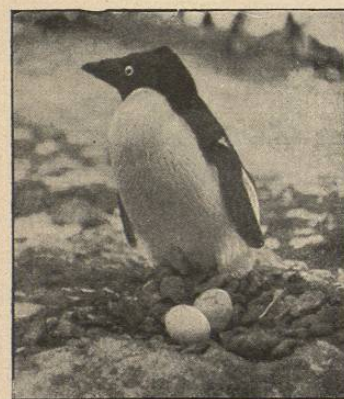
Ya bien tarde nos fuimos á descansar; cediéronme la litera de Sobral, que era bastante mejor que los «dormitorios» que habíamos improvisado en el bote durante la última semana de travesía.

Muy temprano á la mañana siguiente, 9 de noviembre, empezó el transporte de los objetos de la estación de invierno al buque argentino. Se cargaron los trineos de los perros, que marchaban por el hielo tan deprisa que casi no podíamos seguirlos. Iban nueve perros entre los dos trineos. Causaba admiración ver de qué modo arrastraban los pobres animales cargas tan pesadas. El doctor Andersson y yo fuimos con el primer bote á bordo, donde, tanto el capitán Irizar como todos sus oficiales, me hicieron el más cordial recibimiento. No hubo necesidad de presentación alguna, pues el capitán Irizar dijo en seguida que yo era Larsen y me abrazó. Resultaban verdaderamente gratas para nosotros las distinciones de que fuimos objeto por parte de aquellos dignos representantes de una nación extranjera.

Emprendimos un viaje de índole bien distinta á los recientes, cuando al día siguiente pusimos rumbo de vuelta á la isla de Paulet. Como ya ha sido descrito por el doctor Nordenskjöld, no tengo necesidad de referirlo.

CAPITULO XXX (*)

¡Norte querido, yo te saludo!



LEGÓ la primavera. El sol anima y calienta inusitadamente, y la nieve, al disolverse en los altozanos, afluye en corrientes á la llanura, donde los pájaros bobos cacarean y rebullen apiñados. De entre aquella numerosa colonia escápase un chirrido que nunca para,

dominado de vez en cuando por los desagradables graznidos de alguna pelea. Salimos de nuestra vivienda y pasamos fuera los días enteros, satisfechos y alegres. El tiempo triste ha pasado, y la primavera, que era nuestra esperanza, ha llegado ya. Dejemos transcurrir un poco más, seguramente veremos elevarse alguna vela allá lejos en el horizonte, y entonces...

De todas maneras tendremos que esperar un par de meses, pues estamos todavía á principios de noviembre y nada aguardamos hasta Navidad ó Año Nuevo. ¿Pero

(*) Escrito por C. Skottsberg.